

Saúl Yurkievich

DESTE COLORIDO SUEÑO

He aquí por fin mi única efigie en la que me reconozco y me reconocerán. He aquí mi apariencia fijada sobre esta tela que me sobrevivirá. He aquí como me veo y como me veó verán. Pronto, cuando mi carne apesadumbrada cese, verán del espejo de mis ojos el reflejo, el reflejo de mi mundo que mi diestra, arduamente amaestrada, se ha obstinado en figurar. Aquí queda mi parecer, queda mi espectro al que otorgo, por artero simulacro, una existencia, aunque ilusoria, más perdurable que la de mi cuerpo, abrumado ya por tanto devaneo, tanto desvelo para guarnecer desnudas superficies con colores.

Emulo del sol, he pagado los honores de esta corte llena de acechanzas con mis excesivos ajetreos; metido en los menesteres más diversos, procuré a mi señor agrado a costa de mi desagrado. Nada debo, van a la par contento y descontento, el uno suyo, el otro mío.

Pinto aquí, me pinto en esta estancia del Alcázar pródiga en pinturas. Ha pocos años ella fue aposento de la graciosa majestad de Baltazar Carlos, cuyo catafalco me cupo idear y edificar. ¡Oh príncipe penado! Varias veces, merced al ingenioso engaño de mi arte, logré trasladarte al leño o lino en modo que todos consideran tan veraz, aunque fingido, en modo tal que ahora solamente de ti resta, ora niño ora doncel, la vida que te infundió mi hechura, el fulgor de mis brochazos, los fantasmas lucientes que antaño concibiera mi pincel.

Aquí me retrato pincel en mano, mano en obra, dado por entero al menester para el que viviendo me desvivo. Me retrato en este aposento de la certera muerte, donde la segadora harto troncha del tallo tierno los pimpollos, en este recinto de la melancolía que nos mustia, donde empalidecieron tantos rostros cuyo semblante hube de remedar y realcé, alcoba convertida de lujoso pudridero en fábrica de representaciones para trocar la pompa presuntuosa de los príncipes por la vanidad del arte que la sirve, o para equiparar dos ilusiones: la potestad del rey, del mío, con la prominencia del pintor que soy, reloj el uno, el otro espejo de este reino ceniciento, de este mortecino imperio de la sombra.

— Pareja, *prepárame presto un añil ligero y un carmesí algo pastoso. Aprisa, Pareja, que tengo que sombrear el guardainfantes de María Agustina y aterciopelar el jubón de Nicolasio. Luego, tenme listos el carmín, el bermellón, la púrpura. Necesito avivar estos brocados demasiado adustos, inflamar los tafetanes con toques encarnados. Quiero que el rojo fulgurante del botijo rivalice en esplendor con el rostro de la Infanta. El mismo rojo reaparece en el borde inferior de mi paleta para que se establezca el vínculo (como la luz vincula haciendo concordar discordias), para que se sepa que toda apariencia que estas pinturas fingen con galanura, toda su belleza es artillugio forjado por mi fantasía.*

Tal es la clave clara, la del primer enigma; están las demás más ocultas. Este teatro jeroglífico se regla por sutiles



simetrías, por la perspicacia geométrica que ordena según la distancia los tamaños en el espacio oblicuo, con disciplina tal que vuelve necesidad el trampantojo. La pirámide tumbada converge al fondo en la silueta de ese otro Velázquez, pariente que ocupa mi antiguo puesto de aposentador. El punto de fuga se sitúa en la mano de mi homónimo, quien descorre el velo del olvido para que la luz prodigue sus prodigios, para que ella confiera, como el esclarecimiento que mi arte proporciona, a cada cosa existencia bella. Y esa mano preclara, alegoría de la mía, dista de la que empuña el pincel, la del artífice, lo mismo que ésta de la manecilla del ángel de la Infanta, triángulo dígito que es metáfora de mi magisterio manual de imaginero.

Tengo en la corte fama de taciturno porque no participo de la mundanería tan mordaz como mezquina. Ajeno a tanta intriga, prefiero callar por boca lo que con elocuencia digo por imagen. La palabra que fecunda mi inventiva la encuentro en los libros que por su ingenio y agudeza cautivan.

— Pareja, *perezoso y bribón, nadie te prestará más digno porte que el que te di en mi retrato. Pareces allí tan noble como los de prosapia, o más. En esta corte de príncipes sin seso cualquiera es apto para entrar en la galería de notables. Mira mis bobos y enanos, los bufones, los tardos, no son meros hombres de placer; gente de la humana grey, como nosotros, suelen tener más tino que sus amos. Pareja, límpiame estos*

pinceles con cuidado, alcánzame los de marta, los más finos. Preciso amarillo, un oro y un marfil. A esta alfombra soleada debo levantarle el tono. Peluda ella, peludo el dogo, entablaré entrambos un acorde más cálido.

A la misma distancia que las diestras de los dos Velázquez, alusión recurrente a la autora de tales fantasmagorías, están el rostro divino de la Infanta y el cretino de la Mari Bárbola, las dos mirando desde la escena al espectador. Gracia y desgracia actúan a la par en el disparatado teatro de este mundo. Así como el día y la noche complementarios se reclaman, sobre el proscenio se avienen la niña solar y la enana lunar. Extremos correlatos, concito con ella a la vez una perspicaz correspondencia y un persuasivo contrapunto.

Supuesto está que el rey y la reina posan para un retrato de aparato y que el espejo del fondo los duplica. Se sobrentiende que cualquiera que observe esta pintura se coloca en la postura de los soberanos; cualquiera que la observa cambia en un fugaz instante, como fugitivo es el poder de los supremos, su baja condición por la máxima alteza. Mi buen rey Felipe que me tributaste tanta gloria como afanes, favores y servicios se equivalen. Macilenta majestad de un reino endeble, mermado por la guerra, mellado por el desgobierno, conozco de tu rostro hasta el mínimo repliegue; más de treinta veces lo trasladé a la tela para dejar constancia de tu tiempo, del consumo que desengaña y desalienta, de su creciente y tu menguante. Y la lívida reina, la germana, madre exangüe de malhadada progenie; para ella ingeníé los fastos del recibimiento, cuando vino a Madrid para sus nupcias; en su honor erigí arcos triunfales, dispuse perspectivas regias y levanté aquel Monte Parnaso donde los cuatro conti-

nentes, en que la España aguerrida implantara su dominio, celebraban la gloria del vínculo imperial. Así llegó la esfinge desdeñosa, para henchir nuestro infortunio. En ocasiones varias la reproduce y recopió, posando ella en un silencio sepulcral mientras el pincel remedaba la frigididad de su máscara.

Este espejo apaga las figuras, menoscaba; refleja menos la cara carnal que la del alma. Núblase la imagen dinástica a la par que el imperio se deslíe. Difuso el rostro como disoluto el reino, corruptible uno y otro, así tu carne como la mía.

— Mira Pareja, todo lo dibujo a pincel. Unas trazas bastan para que las flores de muselina se arrepollen, para insinuar el calado de los encajes o la veladura vaporosa del tul. Unos toques certeros y la lisura del lienzo se abulta o ahonda, arrebatada; unas manchas apropiadas para que el ojo juntándolas vislumbre cada materia según su volumen y substancia, vea el parecer de cada cosa. Y te preguntará por qué ese inmenso bastidor entelado está de espaldas, si la Infanta y su cortejo irrumpen para verme pintar los soberanos, o éstos contemplan cómo pinto a la Infanta. O quizá simulo pintar a todo aquel que ponga los ojos en mi cuadro. De uno u otro modo, el bastidor es atributo de mi oficio; recuerda que los placeres que el arte privilegia provienen de esa maestría capaz de transfigurar tales trastos en prodigios; recalca que el portento es de pasta sobre lienzo.

Me queda poco aliento, mi fin se acerca, mi cuerpo y mi alma lo presumen, presienten la partida. Me he pasado la vida cumpliendo con encargos. Al término pinto por propia providencia y para deleite propio de esta alegoría, mi alegato. Ignoto espectador de algún mañana, testigo remoto del talento mío, a ti lego mi atractivo laberinto. Al espacio de este colorido sueño ha transportado el arcano de mi mundo.

